



AYER Y HOY

REVISTA ARTÍSTICO-LITERARIA
EDITADA POR
LA ASOCIACIÓN
DE ARTISTAS
TOLEDANOS

Año VIII • Redacción: Alfonso XII, 9 • Toledo, Mayo-Junio 1955 • Núm. 47

DIRECTOR: CLEMENTE PALENCIA

Juanelo Turriano y la reforma del Calendario

Por JOSÉ CRISTÓBAL SÁNCHEZ MAYENDÍA

Ingeniero Industrial

Llevo varios años estudiando —más por simple curiosidad que por afanes de publicista— las vidas y hazañas de algunos ingenieros y artifices que trabajaron a las órdenes de Carlos V y de Felipe II, especialmente las del Gianello della Torre, el inquieto relojero a quien los españoles de la época, por una perversión del nombre en su idioma vernáculo, dieron en llamar Juanelo Turriano. La búsqueda de documentos inéditos o poco conocidos por los archivos españoles, me ha deparado muchas sorpresas, agradables unas, decepcionadoras otras, pero siempre instructivas. Al fin y a la postre, la historia de la técnica española en el momento crucial del Renacimiento, está casi por hacer, siendo de señalar que la mayoría de los historiadores se limitan, en este aspecto, a copiarse los unos a los otros, sin apenas aportar documentos de primera mano.

Una de esas sorpresas la recibí cuando tuve noticias de la intervención de Juanelo en problemas astronómicos, y, concretamente, en el de la reforma del calendario. Conocida es, en efecto, la brillante participación que en este asunto tuvo la Universidad de Salamanca, representada por varios sabios españoles —entre los que figura Fray Luis de León—, y de cuyos informes dan cumplida cuenta Fernández de Navarrete, Vallín, Coster y otros eruditos. Ninguno de estos historiadores, sin embargo, menciona para nada, que yo sepa, a Juanelo, siendo así que su colaboración en la citada corrección cronológica debió ser importante, como vamos a ver.

No es mi propósito hacer en esta

ocasión una reseña biográfica sobre Turriano; pero, antes de pasar adelante, bueno será que el lector sitúe los acontecimientos más importantes de su andariega existencia.

Nace Gianello della Torre en Cremona (Lombardia), hacia fines del siglo XV o principios del XVI. Educado en un ambiente donde nació la escuela arquitectónica del Renacimiento italiano y donde desarrollaron su industria los más célebres violeros (Amati, Guarneri, Stradivario...), hizo de su profesión de relojero, más que una técnica, un arte en el que pronto se dió a conocer. Joven aún, entra al servicio de Carlos V, al que acompaña en sus correrías por tierras de Flandes y Alemania, y para el que construye varios ingenios y relojes monumentales, entre ellos uno astronómico, que el cronista Ambrosio de

Morales no duda en calificar de maravilla del mundo. Cuando Carlos V, enfermo y desengañado, se retira a Yuste, en la más ilustre bajamar que registra la Historia, «sólo se lleva —según frase de Ortega Gasset— en su formidable resaca hacia la nada», estos dos elementos del mundo que abandona: relojes y Juanelo Turriano. Muerto el Emperador, el año 1558, Juanelo pasa al servicio de Felipe II con el título de «Matemático y Maestro Mayor de hacer relojes», yéndose a vivir a Toledo, donde lleva a cabo la construcción de los famosísimos artificios para elevar agua del Tajo al Alcázar, y donde escribe unos libros sobre «Ingenios y Máquinas», que se conservan manuscritos en la Biblioteca Nacional. Allí, en la Ciudad Imperial, le sorprende la muerte el 13 de Junio de 1585, siendo sepultado, de acuerdo con sus deseos, en la capilla de Nuestra Señora de Soterraño —llamada también de Nuestra Señora de Alficén—, del desaparecido Monasterio del Carmen Calzado, «con mediano acompañamiento —según dice su contemporáneo Esteban de Garay—, pero no con el que merecía tan célebre varón».

Fué precisamente en los últimos años de su vida cuando tuvieron lugar los acontecimientos que motivan esta nota. Se hallaba entonces el Papa Gregorio XIII empeñado en la reforma del calendario juliano, habiendo consultado con tal objeto a los astrónomos más renombrados de la cristiandad. Juanelo Turriano, por iniciativa de Felipe II, que siempre tuvo un elevado concepto del relojero de su augusto padre, fué uno de ellos. Así se deduce, sin lugar

SUMARIO

Juanelo Turriano y la reforma del Calendario, por J. Cristóbal Sánchez Mayendía.

La Escuela de Traductores de Toledo, por Alfredo Souto Feijóo.

Sección poética (Clemente Palencia, Ilka Sánchez, Alfonso Villagómez, Luis Serrano Vivar, Miguel Cortés).

Dios y Toledo sin tiempo, por Francisco Zarco

Santiago Camarasa, por Fernando Castán Palomar.

Cuento de verano, por Alfonso Villagómez.